

OBSERVACIONES ORNITOLÓGICAS

POR JUAN FRANCISCO KLIMAITIS

PRESENCIA ACCIDENTAL DE DOS AVES EN LA LOCALIDAD DE BERISSO, BUENOS AIRES

En abril de 1972, en compañía de los consocios Samuel Narosky, Darío Yzurieta y Francisco Contino, recorriendo los montes húmedos de la ribera berissense, tuvimos ocasión de encontrar cuatro ejemplares del anó o pirincho negro chico (*Crotophaga ani*), que C. C. Olrog, en su "Lista y distribución de las aves argentinas", cita como accidental para la provincia de Buenos Aires.

Dichas aves, de plumaje negro en su totalidad, con hermosos reflejos verde-violáceos, se hallaban entre unas matas de pajonales al parecer buscando insectos para alimentarse. Sumamente mansos, se dejaron observar y fotografiar a nuestro gusto, no demostrando mayor temor que el de volar a pocos metros, para posarse en lo alto de los arbustos más próximos.

Es destacable su pico aplanado lateralmente y muy alto, formando un notable caballete. Su comportamiento recuerda al del pirincho común, (*Guirra guirra*), incluso en ciertos caracteres, tamaño algo menor y cola larga y amplia.

Se comunicaban entre sí mediante voces que semejaban a la de un débil maullido. Al parecer, frecuentaron la zona durante más de un mes, siendo vistos además en montes de sauzales costeros, en un grupo bastante numeroso.

También en 1972, pero en el mes de noviembre, hallé varios crespines (*Tapera naevia*), en distintos lugares del partido de Berisso, tanto en montes secos como en húmedos ambientes ribereños.

Durante unos dos meses, esto es, hasta fines de año, varias personas me consultaron acerca de un ave extraña, que no veían y sin embargo escuchaban de lejos, de característica voz repetitiva.

A todo esto yo bien sabía de su existencia en la región, habiendo visto y capturado un espécimen y varias veces más oído inconfundiblemente.

Ocultos, emiten incansablemente su monótono canto, "cres-pín, cres-pín...". Cuando se pretende aproximárseles, callan y se quedan muy quietos, pasando desapercibidos; incluso su colorido no es llamativo, compuesto de pardos, ocre y grises.

He podido comprobar que también poseen otra voz que en nada se asemeja a su típica llamada, pero que sin embargo se la identifica por su notable timbre y poder de emisión.

Al parecer, de este hallazgo y del que menciona Alejandro Dean para Moreno - Bs. As. ("El Hornero", Vol. XI, Nº 2, mayo de 1971), esta especie tiende a ampliar su distribución hacia latitudes más australes, ingresando por el norte de la provincia de Buenos Aires.

ACERCA DE ALGUNAS COSTUMBRES NIDIFICATORIAS DEL DORMILÓN CHICO (*Caprimulgus parvulus*)

José A. Pereyra, en su libro "Aves de la región ribereña del noreste de la provincia de Buenos Aires", comenta que el dormilón chico es sumamente manso en período de reproducción y particularmente cuando se halla incubando.

En noviembre de 1972, tuve oportunidad de cerciorarme de tal afir-

mación, al estudiar un nido de esta interesante especie, hallado en medio de un pastizal, contiguo a un cañaveral, en la localidad de Berisso.

El lecho de nidificación, ya que no existe realmente construcción alguna, consiste en un simple desplazamiento de materiales del lugar, hierbas secas, palitos y terrones del suelo, efectuando directamente la postura en una pequeña concavidad de la tierra, que la hembra da forma con su cuerpo.

Mientras el macho vigila de cerca, posado ya sea en árboles o en postes de alambrado, su compañera está echada en el nido en completa inmovilidad, con los ojos entornados, peculiar característica de los caprimulgidos ante la incidencia de luz solar.

Cuando se pasa cerca del nido, tan sólo a menos de dos metros de distancia, la hembra sale volando lentamente y en forma totalmente silenciosa, para bajar por los alrededores y adosarse contra el suelo. Pasa así desapercibida por su color gris ceniza, manchado y vermiculado de diversos tonos de pardo y ocráceo, tal como ocurre normalmente cuando está incubando.

Tantas veces se la molesta, otras tantas se eleva de su sitio para volar a lugares más seguros, no apartándose nunca demasiado lejos de los huevos.

Ambos sexos son parecidos. La diferenciación básica se encuentra en la garganta y la mancha alar, blancas en el macho y ocráceas en la hembra. Además esta última no posee los puntos blancos de la extremidad de la cola, que posee el sexo opuesto.

Por estos detalles pude establecer que sólo la hembra es la encargada del cuidado de la postura.

Para comprobar la mansedumbre de esta ave cuando está echada, me acerqué cuidadosamente con una máquina fotográfica en las manos, a los efectos de tener testimonio, y comencé a efectuar una serie de tomas a diferentes distancias, hasta lograr arrimarme a menos de 60 centímetros.

Llegado a este punto, echó a volar. Deduzco que de no haber llevado la cámara, que originó algunos movimientos desusados, entiendo que habría podido llegar a tocarla con las manos, tal su tranquilidad y reposo absolutos en el nido.

Así como otras especies, cuando son descubiertas por sus enemigos, fingen estar heridas, arrastrándose lastimeramente a sitios opuestos al de sus posturas, nuestro dormilón chico confía en su inmovilidad total, confundida con el medio ambiente que les hace parecer un trozo de rugosa madera, cuando no la natural superficie de la tierra grispardusca.

Por desgracia no pude llevar a término este estudio con los pichones, que nacieron a los pocos días, encontrando sólo restos de cáscaras en el suelo.

Probablemente fueron vistos por un halcón blanco, *Elanus leucurus*, que revoloteaba por dichos lugares, quien supo hacer sus víctimas de turno a las tiernas crías, desprovistas del poder de vuelo, que es el complemento efectivo cuando el mimetismo ambiental suele fallar o faltar.

HALLAZGO DE DOS PICHONES DE LECHUCITA COMÚN

(*Otus choliba*)

A fines de enero de 1974, entre los montes ribereños de Berisso, se encontró un sauce parcialmente desgajado por efectos de un fuerte temporal, que dejó al descubierto el hueco que ocultaba la presencia de dos ejemplares inmaturos de la lechucita común, ave que como es sabido

alcanza su límite austral de distribución, hasta el norte de la provincia de Buenos Aires.

Fueron apresados por un matrimonio del lugar, que los mantuvo durante pocos días en una jaula al aire libre. Durante ese lapso, fueron visitados por los padres, que al parecer, les traían alimento durante la noche, motivo por el cual no se alejaban de los árboles cercanos en las horas diurnas.

Era entonces posible observar a los adultos en las ramas altas, ocultos entre el follaje, mirando con grandes ojos amarillentos a su derredor, con las "orejas" levantadas y el cuerpo estirado, pareciendo más delgadas de lo que aún son.

Los jóvenes fueron llevados a mi casa, donde actualmente permanecen muy unidos en sus diarias actividades.

En un principio, su plumaje presentó un color general pardo, rayado transversalmente de blancuzco, más notorio en las partes ventrales, distinguiéndose apenas las plumas de las "orejas".

Durante tres meses renuevan esta vestimenta juvenil, para adoptar la definitiva, que consiste en lo superior del cuerpo rojizo y en lo inferior gris cremoso, todo vermiculado longitudinalmente de negro.

En cautividad se alimentan normalmente de carne vacuna y de lauchas que se capturan en las tramperas. Aún con máximos fríos, suelen bañarse libremente en una fuente con agua limpia, en forma periódica.

De día, duermen paradas sobre una rama, muy juntas las dos, como dándose calor, ubicadas en los rincones más oscuros. Le rehuyen siempre a los lugares soleados.

De noche desarrollan gran actividad, moviéndose por diferentes lugares del galpón donde se encuentran encerradas.